



Letras

Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la Pontificia Universidad
Católica Argentina Santa María de los Buenos Aires

Número Monográfico
El viaje y sus discursos

En el cincuentenario de la
UNIVERSIDAD CATÓLICA ARGENTINA

57 - 58

Enero - Diciembre 2008

Apuntes sobre crónicas de Indias y relatos de viajes

Luis ALBURQUERQUE GARCÍA
Centro de Ciencias Humanas y Sociales,
Consejo Superior de Investigaciones Científicas, España.

Resumen: *Se trata de ilustrar algunos de los rasgos caracterizadores del género relato de viajes con unos textos escogidos de entre las denominadas crónicas de indias. Las referencias proceden fundamentalmente de los Diarios y las Cartas de Colón, de las Relaciones de Cortés y de los Naufragios de Alvar Núñez. Se considera que estamos ante unos textos que reúnen suficientes características como para ser considerados dentro del género relato de viajes. El molde diferente que asume en esta ocasión (cartas y relaciones), no impide su rastreo, ya que estamos ante un género esquivo por naturaleza que, a lo largo de la historia, se ha vestido con ropajes de otros géneros o sencillamente los ha absorbido. Creemos que muchos de los procedimientos formales y paratextuales del género se consolidan y adquieren solidez en estas crónicas de Indias.*

Palabras clave: *literatura de viajes, relatos de viajes, crónicas de Indias.*

Abstract: *This essay illustrates some characteristics of the genre of travel literature through texts selected from the chronicles of discovery and conquest of the New World. The primary sources are Columbus' Diarios and Cartas, the Relaciones of Cortés and the Naufragios of Alvar Núñez, all of which contain the aspects necessary to be considered part of the travel literature genre. The particular form these materials assume (letters and reports) does not hinder their perusal, since what we are examining is a genre elusive by nature, which throughout history has been disguised in the clothing of different genres or has simply been absorbed by them. We believe many of the formal and paratextual processes of the genre acquire shape and are reinforced in the chronicles of discovery and conquest of the New World.*

Key-words: *travel literature, official reports and letters, chronicles*

No es necesario insistir en la diferencia entre el rótulo amplio de literatura de viajes y el más específico de relato de viajes que se menciona explícitamente en el título que enca-

beza estas líneas (Carrizo, 1997). Creo que puede ser clarificadora una exposición de algunos criterios de diversa índole que, a mi entender, se han de tener en cuenta para fijar las características de este género tan escurridizo y, a la vez, tan presente a lo largo de la historia literaria.

Se trata de un género cuyos rasgos —sobre todo formales— han ido cambiando con el paso del tiempo y se han ido adaptando a los contextos de la época en que se enmarcan.

Me ha parecido útil ilustrar esos rasgos con la mirada puesta en unos textos que gozan de un estatuto especial, a caballo entre la historiografía y la literatura, cuya inclusión dentro del apartado “crónicas” sugiere en principio su pertenencia más adecuada a la primera que a la segunda disciplina. Me refiero a algunos relatos españoles del descubrimiento y de la conquista que, independientemente de su formato (carta, diario, relación), derivan de sucesos vividos, fruto de la experiencia del autor, y que no se levantan, por tanto, sobre otros escritos, como sucede con muchas crónicas propiamente dichas.

Es claro que al ejemplificar las propiedades esenciales del género con algunas de estas crónicas de Indias parto de una premisa: los relatos de viajes son ante todo un género cuyas raíces han de buscarse en textos factuales. A pesar de que hay una larga tradición de literatura de viajes ficcionales, los relatos de viajes estrictamente hablando tienen una dimensión testimonial que forma parte de su especificidad genérica. Nacen de una necesidad personal, natural o forzada por las circunstancias, de relatar las experiencias vividas durante un determinado viaje realizado por placer o por obligación.

Tengo la mirada puesta sobre todo en el *Diario de navegación* y en las *Cartas* de Cristóbal Colón (1451-1506), en las *Cartas de relación* de Hernán Cortés (1485-1547) y en los *Naufrajos* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca (1488?-1559?). La *Historia general de las Indias* de De las Casas o La *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo, más próximas a los libros propiamente históricos, al ser vividas como testimonios personales, también podrían observarse desde esta perspectiva de los relatos de viaje. De hecho, no resulta extraño a la estructura del género reunir bajo una sola acción lo efectivamente realizado en varias o la introducción de acciones en realidad anteriores o posteriores al viaje realizado.

Los criterios en los que me baso para hacer este repaso sumario son factuales, paratextuales, formales y retóricos.

Criterios factuales

La distinción de Genette (1993: 53-76) entre relatos ficcionales y factuales se revela pertinente para nuestro propósito. Supone, entre otras cosas, la incorporación al estudio de la literariedad de algunos textos que, por distintas razones, han permanecido marginados de los estudios literarios (históricos, biográficos, diarísticos, de viajes, etc.). Lo que realmente importa es si el texto en cuestión está basado en la realidad, aunque sea luego ficcionalizada, cosa muy distinta del relato ficticio basado en un hecho real. El estatuto oficial del texto y su horizonte de lectura, como veremos más adelante, habrán de ser tenidos en cuenta para

su reconocimiento como género. Se pueden establecer diferencias y similitudes en los relatos de viaje con respecto a otros géneros limítrofes, como son en la época áurea la novela bizantina, la sentimental, la de caballerías o la picaresca, a cuya delimitación con respecto a los relatos de viajes he atendido en ocasiones anteriores (Alburquerque, 2005). No cabe duda de que estamos frente a unos textos considerados tradicionalmente históricos (el relato de unos hechos que se han vivido en primera persona) pero que, a la vez, vistos desde la perspectiva actual, forman parte del canon literario; tanto que, incluso, algunos estudiosos consideran decisiva la influencia que han ejercido sobre la propia literatura. Pupo-Walker ha vinculado los orígenes de la creación literaria con la historiografía de Indias, en cuyos textos ha podido confirmar la consolidación y la perdurabilidad de una escritura americana.

Según esto, los relatos de viajes que forman parte de las crónicas de Indias o que están insertos dentro de ellas participan lógicamente de sus atributos literarios: “En estos pasajes tan variados disfrutaremos de textos elaborados con preciosa astucia narrativa; y en ellos localizaremos también importantes codificaciones del discurso que a lo largo de los siglos fueron retomadas por la prosa de creación” (Pupo-Walker, 1982: 12-13).

Pero aun más. Estamos investigando en la ruta que han ignorado los estudios históricos y, hasta hace relativamente poco, los literarios al reducir estos últimos a sólo el ámbito de la ficción. Lo cierto es que las huellas de los estudios positivistas a ultranza provocaron la marginalización, cuando no la purga inmediata, de todos los estratos imaginativos de los textos históricos. “Se verá, por ejemplo, que el mito, la leyenda y los amplios fragmentos paródicos, que abundan en la historiografía de Indias, por lo general se ignoran o se tratan como duplicaciones gratuitas del discurso historiográfico. Lo que obviamente sucede en esas pesquisas es que el material legendario, al ser juzgado como inserción ociosa, pierde, *ipso facto*, el posible significado histórico y formal que sin duda posee” (Pupo-Walker, 1982: 16-17).

No ofrecen duda estos relatos, vistos desde la perspectiva actual, sobre su condición literaria. Tampoco ofrecen duda acerca de su autenticidad. Los autores narran en primera persona las vicisitudes de sus viajes y hacen explícita en los prólogos la veracidad de lo que cuentan, como algo realmente vivido por ellos y no inventado. Asunto distinto será la recepción que los lectores de la época hagan de estos relatos de viaje.

De hecho, el problema de la confusión entre historia y ficción, que forma parte fundamental del debate teórico de las preceptivas del siglo de oro, será inevitable. Como sabemos, los autores de los relatos de viaje medievales, al saber que referían cosas difíciles de creer, sentían la necesidad de apoyarse en autores, antiguos o modernos, y sacrificaban incluso la experiencia propia en aras de las fuentes literarias, que saqueaban sin escrúpulo. Como recuerda Paul Zumthor “todos estos autores [de libros de viajes medievales] desean ávidamente ser leídos, y la opinión que se hacen de su público interfiere con sus deseos: el problema del público hasta el siglo XVIII es la dificultad que tiene para concebir la alteridad, salvo como una ficción” (Zumthor, 1993: 293).

No obstante, estos relatos de viaje del descubrimiento que nos sirven como ilustración

utilizan los prólogos o insisten en el propio cuerpo del texto sobre la veracidad de los hechos por ellos vividos. Colón en su *Diario* utiliza machaconamente la primera persona y cierra con el verbo “ver” la autoría de lo relatado: “y para esto pensé de escribir todo este viaje muy puntualmente de día en día todo lo que yo hiciese y viese y pasase como adelante se verá” (Mignolo, 1982: 60). Alvar Núñez en el proemio a los *Naufragios*, justifica la narración de los hechos como testimonios también en primera persona: “[...] que es traer a Vuestra Majestad relación de lo que en diez años que por muchas y muy estrañas tierras que anduve perdido, y en cueros, pudiesse saber y ver, ansí en el sitio de las tierras y provincias y distancias dellas, como en los mantenimientos y animales que en ellas se crían y las diversas costumbres de muchas y muy bárbaras naciones con quien conversé y viví y todas las otras particularidades que pude alcanzar y conocer”. Y cierra el proemio con una declaración de autenticidad: “Lo qual yo escriuí con tanta certinidad, que aunque en ella se lean algunas cosas muy nueuas, y para algunos muy difficiles de creer, pueden sin dubda creerlas; y creer por muy cierto, que antes soy en todo más corto que largo, y bastará para esto auerlo offrescido a Vuestra Majestad por tal” (180).

Parece fuera de toda duda que estos testimonios van más allá del tópico de verdad medieval y superan el mero lugar común para ajustarse a lo que realmente dicen. A pesar de la mezcolanza propia de la época entre historia y ficción, lo cierto es que los autores insisten en la autenticidad de sus relatos para evitar que fueran leídos como literatura de entretenimiento o de ficción. Evidentemente, el lector podía convertir la ficción en realidad (pensemos en don Quijote), pero también podía recorrer el camino inverso, como denuncia el Padre Manuel Godinho cuando arremete airado contra quienes disfrutaban de la relación verídica de una tragedia marítima, como si de una pura ficción se tratase, sin tener en cuenta el peligro cierto de vidas humanas que se había corrido con motivo de aquel viaje (Herrero, 1999: 31). La imprenta contribuyó, como sabemos, al clima de confusión entre textos ficticios e históricos. Herrero recuerda en su estudio cómo la popularidad de los libros de viajes hizo que algunos impresores editaran conjuntamente libros de caballerías, con un éxito continuado desde la Edad Media, junto con relatos de viajes de la máxima actualidad. Cita el caso del editor lisboeta António Álvares, que en 1592 publicaba la *Primera parte de Palmeirim de Inglaterra* y la famosa *História da perda do Galeão S. João na terra do Natal*, “uno de los episodios de naufragio de la carrera del Índico que más conmocionaron a la sociedad portuguesa del seiscientos” (Herrero, 1999: 34).

En resumen, estos textos de las crónicas del descubrimiento tienen una facticidad que parece está más allá del tópico medieval del *argumentum veritatis*. El resto de marcas textuales no son sino efecto de este hecho fundamental. Me refiero a la identificación del autor y el narrador o la narración en primera persona, como características de estos relatos de viaje, que se mantendrán a lo largo de la historia y que adquieren aquí una carga testimonial más fuerte que sus precedentes medievales. Importa, pues, el valor testimonial, al margen de la posible interpretación de los lectores.

Criterios paratextuales

Parece indudable, según lo visto, la decisiva importancia de este criterio para la dilucidación del género. Los títulos de los libros, los encabezamientos de los capítulos y, sobre todo, los prólogos orientan definitivamente la clasificación genérica de esta serie literaria. Máxime teniendo en cuenta que estos relatos de viaje del descubrimiento inauguran la Edad Moderna con su consiguiente lastre del pasado y su apertura a nuevos modos de hacer más congruentes con la nueva etapa. Su innegable parentesco con los libros de ficción le viene, entre otras cosas, de la imposible comprobación de la veracidad de su contenido. “Al acercarse al libro impreso, que aleja la obra del marco de su producción y lo incorpora a una fenomenología de recepción de difícil control por parte del autor, el lector de los Siglos de Oro tiende a distanciarse de las condiciones de verdad de lo narrado. El autor lo sabe, e intenta dirigir (o adivinar) las posibilidades de lectura desde los prólogos. Agotadas éstas, deja la obra abierta al “lector curioso”, al lector sin prejuicios y sin intereses fijos”. (Herrero, 1999: 45). Los mismos títulos (diarios, crónicas, relaciones) apuntan a moldes que, a lo largo del tiempo, actúan como marco de numerosos relatos de viaje, precisamente por su valor testimonial, consecuencia de su carácter bifronte o fronterizo, entre lo documental y lo literario, que define su índole genérica. Incluso el texto de Alvar Núñez llevaba el título de *Relación* hasta la edición de 1555, en que fue sustituido por el actual de *Naufragios*. Pupo-Walker confirma el cambio de título por el éxito de ese tipo de libros y por su indudable carácter de relato de viajes: “Al considerar la aceptación de que disfrutó esa suerte de narraciones, creo que el título de *Naufragios* fue adoptado —probablemente en consultas con el editor— para insertar el texto de Núñez en esa categoría exitosa de narrativa viajera a la que sin duda pertenecía” (Pupo-Walker, 1992: 135).

En definitiva, las marcas paratextuales actúan como correlato de la factualidad del texto. Los autores se sirven de ellas para hacer explícita la autenticidad de su contenido (las explicaciones y justificaciones de los prólogos) o sencillamente las utilizan de marco natural de sus relatos, como las marcas de tiempo típicas de los diarios, como el de Colón, o las que encabezan los capítulos de los *Naufragios*, o los encabezamientos de las *Relaciones* de Cortés, en los que resume o remite a las anteriores relaciones¹. Habría que añadir otros elementos paratextuales: estoy pensando en las enumeraciones o listas que acompañan algunos textos, como la que Cortés aporta al final de la primera relación, en la que refiere todos los objetos indígenas que se envían como regalo al emperador. No podemos dejar de mencionar los mapas y cartografías que acompañan las relaciones y que instauran una práctica que se repetirá a partir de entonces. No olvidemos que, como

¹Poco importa que las relaciones no se escribieran para formar un conjunto unitario como el que hoy tenemos. Lo mismo sucede con muchos relatos de viaje a lo largo de la historia, que sólo *a posteriori* se nos presentan como un único texto. Su estructura, que se amolda perfectamente a la de los diarios o notas de viaje o columnas de periódico, permite precisamente agavillarlos con una cierta consistencia unitaria. Esta facilidad de hipostasiarse en otros moldes genéricos (diario, carta, ensayo, etc.) es una de las características de este género tan elusivo.

recuerda Mignolo (1982: 60) las cartas servían de complemento de la *carta*, es decir del mapa o información gráfica donde se diseñaba la posición de las nuevas tierras. Se trata, a fin de cuentas, de dos sistemas de signos que articulan una misma realidad conceptual.

Criterios formales

Como ya señaló Carrizo Rueda (1997) y he recordado en anteriores ocasiones (Albuquerque, 2006), nos encontramos ante un tipo de relato en el que la narración se subordina normalmente a la descripción que, a su vez, se halla más directamente relacionada con la función representativa del lenguaje.

Si la narración, como sabemos, procura relatar con palabras sucesos que se llevan a cabo, la descripción, por el contrario, trata de “pintar” con palabras, de manera que el receptor pueda representarse mentalmente la realidad descrita. Así, la descripción se suele resumir en tres fases: observación, reflexión y expresión adecuada.

La oposición narración/descripción responde a una antigua distinción proveniente de la retórica clásica, recogida por Quintiliano y profusamente citada con las oportunas adaptaciones en nuestros tratados de retórica del Siglo de Oro. La descripción aparece vinculada tanto con la figura de la *descriptio* como con el recurso de la *evidentia*. De ésta, el autor de la *Rbetorica ad Herennium*, por citar uno de los textos clásicos, nos dice que “expone las cosas de forma tal que el asunto parece desarrollarse y los hechos pasar ante nuestros ojos [...] esta figura es de gran provecho al amplificar o despertar conmiseración en un asunto narrativo de estas características. De hecho, nos presenta toda la acción y casi nos la pone ante los ojos” (Cicerón, 1991: 362-364).

El predominio de la descripción sobre la narración, consideradas como especies de un género común, sobresale en la mayoría de los textos que suelen incluirse dentro de los relatos de viaje. En el caso de las crónicas de Indias este aspecto cobra, además, una especial importancia, pues la descripción pormenorizada de los territorios y las gentes del nuevo mundo se constituye en el elemento vertebrador de estos textos. El objetivo más inmediato de sus autores, el de descubrir, está íntimamente ligado a su posterior contar. El medio de transmisión de lo recién descubierto se articula sobre todo a través de la descripción de la nueva realidad como mecanismo básico del relato. Importa mucho “hacer ver” o “poner ante los ojos” las cosas maravillosas recién descubiertas. Otra cosa muy distinta será cómo se consiga y qué figuras retóricas se utilicen como medio. Aquí, más que descripción como figura nos interesa como procedimiento, o sea, como función del discurso.

Insisto. Nos enfrentamos a unos textos con un “relato narrativo-descriptivo” en el que el segundo elemento —el descriptivo— actúa como configurador especial del discurso. Sin embargo, conviene matizar qué significa que la modalidad de la descripción predomina sobre la narración. Predominio quiere decir especial intensidad, abundancia, pero no dominio absoluto.

Si el relato de viajes se configura a través de esta función descriptiva es claro que en su articulación confluyen aspectos que, me parece a mí, están especialmente enfatizados en

las crónicas del descubrimiento. Nos encontramos con que lo descrito en estos textos responde a una novedad absoluta. La descripción abarca, por tanto, a todos los ámbitos posibles: personas, objetos, animales, naturaleza, costumbres, etc. Nada queda fuera de su ámbito. Así como la descripción en los relatos viajeros de épocas futuras será más selectiva, a los descubridores casi se les impone esta modalidad, por la absoluta y abarcadora novedad de todo lo que les rodea, como veremos más adelante.

Es más, me atrevería a decir que, a través de un análisis detallado de las descripciones, nos asomamos a una dimensión de un orden que va más allá de lo estrictamente literario. En las cartas de Colón, por ejemplo, la intención de informar se nutre fundamentalmente del poder que le otorgan las descripciones. Un repaso detallado de su utilización nos enfrenta ante un problema de orden hermenéutico o, si se quiere, cognoscitivo. Colón se encuentra con una realidad completamente nueva —un descubrimiento— de la que ha de dar cuenta con las herramientas lingüísticas a su alcance y a su formación. Sus descripciones nos hablan de su bagaje intelectual.

Anderson Imbert resume cómo la nueva realidad se adapta a sus moldes culturales: “La naturaleza se hacía paisaje de jardín; el pájaro de las Antillas, ruiseñor provenzal; y aun el hombre se le poetizaba en estampas ennoblecedoras o en monstruos de maravilla. El horizonte temblaba siempre con la promesa del Paraíso terrenal o del reino de las Amazonas” (1977: 19). Éste es el motivo que ha llevado a afirmar que América, antes de ser una realidad, fue una prefiguración fabulosa de la cultura europea, como se hace eco Pupo-Walker recogiendo el parecer de algunos estudiosos (1982: 39).

Colón, como se sabe, se interesa más por el detalle humano que por el de la naturaleza. Su formación medieval le arrastra más hacia lo antropológico que hacia lo cósmico, siguiendo la tradición bíblica y la de algunos libros de viaje medievales, como el de Marco Polo. Más adelante, cuando de las crónicas del descubrimiento (Colón, Vespucio) se pase a las de la conquista (Cortés, Valdivia), la atención decantará más hacia las tierras que a sus pobladores.

Como decía, la modulación descriptiva adquiere en estas crónicas del descubrimiento una importancia que trasciende el objeto en cuestión y que proyecta una visión previa sobre algo que nunca antes había sido descrito, como hemos ilustrado con algún ejemplo de las cartas colombinas. La polémica que enfrenta por un lado la gran capacidad de observación de Colón y, por otro, su monotonía expresiva, quizá no sea pertinente teniendo en cuenta el trasfondo cognitivo que actúa como telón de fondo.

Cobran todo su sentido ahora las palabras de Mignolo sobre los escritos de Colón cuando dice “que enderezan hacia la verdad y no hacia la verosimilitud, que son pragmáticamente (definidos por la intencionalidad del sujeto) verdaderos, y semánticamente erróneos o imaginarios; son, por todos estos aspectos, partes de las letras de una cultura” (1982: 63).

No quiero terminar este epígrafe sin un último apunte. Subrayar, tras lo expuesto, que la intertextualidad es un rasgo distintivo de estos textos es algo que brilla con luz propia.

Con frecuencia se evoca el famoso pasaje que Bernal Díaz atribuye a Cortés cuando avisaban las costas de México: “Denos dios ventura en armas, como al paladín Roldán, que en lo demás, teniendo a vuesa merced y a otros caballeros por señores, bien me sabré entender” o aquel otro, en que compara la ciudad de Tenochtitlán con las ciudades del *Amadís*: “Todos nos quedamos asombrados y dijimos que esas torres, y lagos se parecían a los encantamientos de que habla *Amadís*”. No sólo los libros de viaje medievales y la tradición clásica, como luego anotaremos, transpiran por los poros de estos textos. También los ecos de los libros de caballerías resuenan en estas crónicas de Indias.

Criterios retóricos

Límite este apartado a algunas figuras retóricas cuyo repaso interesa más a nuestro propósito y dejo de lado otros posibles acercamientos desde esta perspectiva retórica, como el análisis de la estructura del epistolario cortesiano, por ejemplo, cuyo conocimiento de la preceptiva de las *artes dictaminis* se trasluce en el oficio con que redacta sus cartas².

En un conocido artículo Cioranescu sitúa el problema en la verdadera dimensión que aquí nos interesa, pues los recursos retóricos no hacen sino proyectar aspectos que superan el mero ejercicio estilístico. De la misma manera que ya Auerbach mostró el trasfondo ideológico que se escondía detrás del estilo del texto elohístico del Antiguo Testamento frente al texto homérico (Auerbach, 1950: 9-30), aquí nos encontramos, salvando todas las distancias, ante un recurso que nos ilumina acerca de un cambio de paradigma conceptual. El párrafo extenso que cito lo argumenta, creo, adecuadamente:

Al entrar en contacto con las tierras de Indias, los primeros viajeros europeos veían desarrollarse ante sus ojos, evidentemente maravillados, un espectáculo completamente inédito. Era un mundo nuevo, en toda la fuerza de la expresión; su atención se veía solicitada a cada paso por algún detalle sorprendente, por algún objeto desconocido, para los cuales resultaba inútil buscar equivalentes o correspondencias en su experiencia de europeos. Estos hechos inéditos, esta observación de objetos que nadie había contemplado hasta entonces y que, por consiguiente, ellos son los que describen por primera vez ¿cómo iban a describirlos o a referirlos? ¿Qué procedimientos podían tener a su disposición aquellos viajeros?, ¿qué medios estilísticos y qué cánones literarios podían servirles de guía? Este problema tiene su interés desde el punto de vista del desarrollo posterior del arte de la composición literaria. En efecto, conviene recordar que las primeras generaciones de exploradores y de descubridores se sitúan, por su formación intelectual, en la época que forma la transición de la Edad Media al Renacimiento. [...] Pero la imitación solo puede tener un papel reducido y relativamente sin importancia en la descripción hecha por la primera vez de objetos que nadie había conocido o representado anteriormente. La imitación no es posible allí donde falta el modelo. El viajero que pretende narrar sus andanzas por tierras desconocidas se ve privado del resorte acostumbrado de su arte descriptivo: no le será posible recurrir a las reglas de la retórica tradi-

²Véase al respecto Mignolo (1982: 67).

cional o servirse de cánones preestablecidos para describir usos tan nuevos como, por ejemplo, la costumbre de fumar. En tales casos, el ejemplo de los rétores antiguos y de los poemas épicos de poco podrá valerle. La misma naturaleza de su tema le invita, o mejor le obliga a fiarse en sus solos recursos y, por consiguiente, a hacer uso de procedimientos personales, no autorizados por la tradición (Cioranescu, 1967: 60-61).

No pretendo revisar el elenco de figuras más utilizadas en estas crónicas de Indias. Me gustaría fijar la mirada en algunos aspectos que atañen a la figura de la *descriptio*, por dos motivos: primero por la conexión que guarda con el epígrafe anterior y, segundo, porque nos brinda la posibilidad de hacer unas consideraciones de carácter más general, que afectan de una u otra manera al resto de las figuras, como veremos.

La modalidad descriptiva, como decía, se articula gracias a la figura de la *descriptio*. Su raigambre retórica nos lleva hasta los textos clásicos (Cicerón, *Retórica a Herenio*, Quintiliano), y a las codificaciones de la preceptiva renacentista³. Todo un capítulo les dedica, por ejemplo, Juan Luis Vives en su tratado *De ratione dicendi* (1532: 223-235).

Esta utilización de la figura de la *descriptio* en estos textos adquiere una dimensión extraordinaria y se convierte quizás en uno de los recursos retóricos más sobresalientes. En los de Colón encontramos una descripción todavía muy vinculada, como veíamos en el apartado anterior, con la tradición previa medieval. Su actitud ante la novedad descriptiva, recuerda Cioranescu, se resuelve espontáneamente en las mismas fórmulas consagradas por Marco Polo. Cuando leemos las *Cartas* de Colón nos damos cuenta de que aún pesa su bagaje medieval. Recordemos, por ejemplo, cómo al encontrarse con la desembocadura del Orinoco cree que ha tropezado con el Paraíso Terrenal. Aunque no fuera letrado, sus conocimientos literarios afloran transformando la realidad americana.

En sus descripciones “los europeos confirmaron viejos sueños utópicos y pudieron dar sustancia a dos de los grandes temas renacentistas: el hombre natural, feliz y virtuoso, y la naturaleza, pródiga como un paraíso” (Anderson Imbert, 1977: 19). Habrá que esperar a la siguiente generación de cronistas para encontrarse ese procedimiento descriptivo que Cioranescu califica como de “pura descripción”, que sitúa en los textos del padre de Las Casas y que se caracteriza por una mayor elaboración en el detalle y en la capacidad de síntesis para construir mejor. Diferencia Cioranescu entre los dos tipos de descripciones, las antiguas y las inauguradas por las crónicas de Indias de segunda generación:

Por un lado las descripciones antiguas son enumerativas, de un modo absolutamente invariable, en el sentido de que pulverizan el objeto descrito, reduciéndolo a un número de detalles, a modo de inventario objetivo; mientras que las nuevas descripciones aparecen como netamente organizadoras, en el sentido de que buscan una concentración de efectos, en vista de una síntesis necesaria. Por otra parte, la descripción nueva no es más un simple ejercicio de retórica, sino una necesidad de la inteligencia (1967: 70).

³Como puede verse, por ejemplo, en los textos (en edición bilingüe latín-español y convenientemente introducidos y anotados) de retórica renacentistas, recogidos en Garrido Gallardo (2004).

Este tono digamos más objetivo se ajusta a algunas descripciones de Cortés, cuyo estilo tiende a la sencillez descriptiva y a la expresión concisa. Quizás esto le acerque a la objetividad que comentamos, tal vez influido por el estilo propio del informe legal al que tienden sus escritos. Esta habilidad suya descriptiva despunta más en la Segunda relación sobre todo cuando detalla de manera muy precisa todo lo referente a la ciudad de Tenochtitlán, en la que, recordamos, Cortés presenta la primera descripción etnográfica importante del continente americano⁴. Entresacamos unos breves párrafos en que se describe el templo mayor:

Y entre estas mesquitas hay una que es la principal que no hay lengua humana que sepa explicar la grandeza e particularidades Della, porque es tan grande que dentro del circuito della, que es todo cercado de muro muy alto, se podía muy bien facer una villa de quinientos vecinos. Tiene dentro deste circuito toda a la redonda muy gentiles aposentos en que hay muy grandes salas e corredores donde se aposentan los religiosos que allí están [...] Hay tres salas dentro desta grand mesquita donde están los principales ídolos de maravillosa grandeza y altura de muchas labores y figuras esculpidas así en la cantería como en el maderamiento. Y dentro de estas salas están otras capillas que las puertas por do entran a ellas son muy pequeñas y ellas asimismo no tienen claridad alguna. Y allí no están sino aquellos religiosos, y no todos, y dentro destas están los bultos y figuras de los ídolos, aunque, como he dicho, de fuera hay también muchos (Cortés, 1993: 237-238).

Aunque no todos los textos dan el mismo tratamiento a esta figura, no hay duda de que en todos ellos cobra un especial relieve. Su rastreo apunta a cuestiones, como veíamos, sobre la formación intelectual de los autores y también a su *modus vivendi* en las nuevas tierras. Curiosamente, en los *Naufrajos* de Alvar Núñez observamos un uso muy discreto de este recurso no sólo con respecto a las cartas colombinas y a las cartas relatorias de Cortés, sino a la mayoría de las crónicas de Indias. La ausencia de descripciones se debe en parte, pero no sólo ni fundamentalmente, a que su discurso no se inscribe en ninguna tradición historiográfica (Pupo-Walker, 1992: 103-111). Si nos fijamos en la figura de la “amplificación” (que enumera y detalla todos aquellos elementos que, no siendo esenciales para el desarrollo de la trama, contribuyen a realzar e intensificar el sentido y el valor de lo expuesto), observamos que brilla también por su ausencia en los *Naufrajos*, por motivos semejantes.

En cambio, si reparamos en la figura de la *abreviatio* o “sumario”, que provoca el efecto contrario (pasa por alto los detalles para no dar sensación de monotonía), observamos que es la dominante en los *Naufrajos* que, como vemos, actúan de contrapunto, frente a los otros textos que comentamos. No parece, en efecto, una práctica estilística deliberada, sino más bien un reflejo de las condiciones de vida que padeció Núñez en los años de cautiverio entre los indios (Pupo-Walker, 1992: 106).

⁴Cf. Delgado (1993: 60).

Otra figura en la que quiero reparar brevemente la atención es en la hipérbole. Convendría estudiarla con detenimiento en cada uno de los textos, pues arroja conclusiones que nos llevan de nuevo a conectar el lenguaje figurativo con el bagaje intelectual y los referentes culturales de los escritores (Pupo-Walker: 1982: 43 ss.). Es más, en el caso de la hipérbole está presente no sólo la intención estética de adorno del lenguaje, sino el afán de una cultura en perpetuarse por encima de sus modelos seculares. Así, la intensificación de una hazaña mediante la hipérbole se apoya en los ejemplos de la tradición clásica para eclipsarlos con sus proezas. Lo suministrado por los antiguos libros históricos y de ficción nutre los esquemas mentales de los descubridores, que se encumbraban en la tradición cultural clásica para superarla.

Maravall, al tratar de la proyección del mito clásico sobre América, está hurgando en la raíz que propicia la aparición de la hipérbole y de otras figuras como la comparación:

Es más, lo que llama la atención es la constante presencia, en su recuerdo, del mundo de la Antigüedad y el vigor del mito clásico, aun en estos escritores que tratan de invalidarlo superponiendo el valor de las cosas americanas. A tantos y tantos personajes españoles, al desembarcar en la orilla del nuevo continente, lo que ello les inspira es la pretensión de llegar a hacer más que los antiguos, o de realizar en el nuevo escenario lo que los antiguos hicieron en el viejo mundo, o de comparar lo que ven con lo que dijeron Aristóteles o Plinio, o de eclipsar la gloria de Alejandro o de César, etc., etc. [...] No sólo con Hernán Cortés, sino con otros múltiples aspectos del tema americano, se aplica este procedimiento. Es una transposición de los esquemas mentales con que se pensaban las cosas europeas, a las del Nuevo Mundo —en lo que tal vez hay que ver la más colosal empresa intelectual española. Al modo que llevamos ya visto en el ámbito europeo, también el modelo de los antiguos y la referencia a sus escritos están siempre presentes en la mente de estos españoles que emprenden las grandes aventuras transoceánicas (1986: 439-440).

Estas consideraciones sobre algunas figuras habría que ampliarlas a otras también frecuentes en este tipo de textos. A otros efectos, Mary Louise Pratt ha señalado los elementos configuradores de lo que denomina el tropo imperial, como la apropiación del paisaje, la utilización de adjetivos estetizantes, el panorama anclado en el contemplador, etc., entre las que se erige como figura catalizadora y preeminente la descripción (Pratt, 1997: 345ss).

Pasamos de puntillas por figuras tan importantes como la metáfora (de eficacia notable como mecanismo para nombrar lo nuevo a partir de lo ya conocido y para despertar sensaciones originales en el lector), la comparación (fundamental en unos textos cuya médula consiste en el choque de culturas, lo que implica el conocimiento del otro a través del bagaje de conocimientos y experiencias propias) y la metonimia (de enorme interés por la facilidad que otorga para definir fenómenos u objetos que no forman parte del patrimonio cultural propio).

Resumiendo. Hemos procurado ilustrar los rasgos que consideramos vertebradores de los relatos de viajes con algunos textos de las llamadas crónicas de Indias que, a nuestro entender, según hemos intentado demostrar, participan de lo esencial del género. Rastrear las huellas de un género tan elusivo como los relatos de viaje obliga a bucear en otros moldes en los que se ha ido hipostasiando a lo largo de su trayectoria. Por tanto, sugerimos que algunos de estos textos de las crónicas de Indias puedan ser considerados auténticos relatos de viaje, cuya difusión en la época contribuyó a consolidar las características de un género de enorme fecundidad.

Bibliografía

- ALBURQUERQUE GARCÍA, Luis, 2005, “Consideraciones acerca del género ‘relato de viajes’ en la literatura del Siglo de Oro”, en Carlos Mata y Miguel Zugasti (eds.), *Actas del Congreso “El Siglo de Oro en el nuevo milenio”*, Pamplona, Eunsa, pp. 129-141.
- ALBURQUERQUE GARCÍA, Luis, 2006, “Los ‘libros de viaje’ como género literario”, en Manuel Lucena Giraldo y Juan Pimentel (eds.), Madrid, CSIC, 67-87.
- ANDERSON IMBERT, Enrique, 1977, *Historia de la literatura hispanoamericana I. La colonia. Cien años de República*, México, Fondo de Cultura Económica.
- AUERBACH, Erich, (1942), 1950, *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*, México, Fondo de Cultura Económica.
- CARRIZO RUEDA, Sofía, 1997, *Poética del relato de viajes*, Kassel, Reichenberger.
- CICERÓN, 1991, *Rhetorica ad Herennium* (traducción, introducción y notas de Juan Francisco Alcina), Barcelona, Bosch.
- CIORANESCU, Alejandro, 1967, “El descubrimiento de América y el arte de la descripción”, en *Colón, Humanista. Estudios de humanismo atlántico*, Madrid, Prensa Española. También en Francisco Rico (coord.), Francisco López Estrada (ed.), 1980, *Historia y crítica de la literatura española, II. Siglos de Oro y Renacimiento*, Barcelona, Crítica, pp. 242-246.
- CORTÉS, Hernán, 1993, *Cartas de relación* (ed. de Ángel Delgado Gómez, Madrid, Castalia).
- DELGADO GÓMEZ, Ángel, 1993, “Introducción” a las *Cartas de relación*, Madrid, Castalia.
- GARRIDO GALLARDO, Miguel Ángel (ed.), 2004, *Retóricas españolas del siglo XVI escritas en latín*, Madrid, CSIC/Fundación Ignacio Larramendi.
- GENETTE, Gérard, (1991), 1993, *Ficción y dicción*, Madrid, Lumen.
- HERRERO MASSARI, José Manuel, 1999, *Libros de viajes de los siglos XVI y XVII en España y Portugal: lecturas y lectores*, Madrid, Fundación Universitaria Española.
- MARAVALL, José Antonio, 1986, *Antiguos y modernos*, Madrid, Alianza Editorial.
- MIGNOLO, Walter, 1982, “Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista”, en Luis Iñigo Madrigal, *Historia de la Literatura Hispanoamericana. Época colonial, I*, Madrid, Cátedra, pp. 57-111.
- NÚÑEZ CABEZA DE VACA, Alvar, 1542, *Los Naufragios* (ed., introducción y notas de Enrique Pupo-Walker), Madrid, Castalia, 1992.
- PRATT, Mary Louise, (1992) 1997 *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmas.
- PUPO-WALKER, Enrique, 1982, *La vocación literaria del pensamiento histórico en América. Desarrollo de la prosa de ficción: siglos XVI, XVII, XVIII y XIX*, Madrid, Gredos.
- VIVES, Juan Luis, (1532), 1998, *El arte retórica. De ratione dicendi* (estudio introductorio de Emilio Hidalgo Serna; edición, traducción y notas de Ana Isabel Camacho), Barcelona, Anthropos.
- ZUMTHOR, Paul, 1993, *La medida del mundo. Representación del espacio en la Edad Media*, Madrid, Cátedra.